

Dr. Ottmar Wilhelm

Deontología Médica ⁽¹⁾

Señor Rector,

Señores profesores, colegas,

Queridos alumnos:

Ya se ha hecho tradicional entre los profesores del Primer Año de Medicina, advertir a los alumnos que inician sus estudios médicos, la magnitud de las responsabilidades y de los deberes que ellos contraen, no sólo para consigo mismo, sino también con la Universidad, y después con la Sociedad en que van a realizar y ejercer la más delicada de todas las profesiones.

Por esta razón, la Facultad de Medicina ha acordado, dar a esta iniciación de los estudios médicos, un

(1) Discurso pronunciado por el Dr. Ottmar Wilhelm, Decano de la Facultad de Medicina, con motivo de la iniciación de las clases del Primer Año de Medicina, el 9 de abril de 1946, en el auditorio del Instituto de Biología General de la Universidad de Concepción.

significado de la mayor trascendencia, y recibir cada año a los jóvenes estudiantes en un acto académico solemne, con la presencia del señor Rector y de todos los profesores de la Facultad.

En efecto, este día en que vosotros los jóvenes iniciáis vuestros estudios médicos representa el paso solemne de un fausto acontecimiento en la historia de vuestra vida. Habéis pasado de los bulliciosos patios y aulas de la enseñanza secundaria a través del umbral del bachillerato o *bacalaureus* a esta hermosa ciudad universitaria y llegado a estos claros templos del saber y de la ciencia. La apertura del curso de Medicina es para vosotros, como asimismo para la Universidad, un festivo acontecimiento intelectual.

Todos los años esa juventud estudiosa, que en el eterno va y ven afluye a estos anfiteatros, representa la fuente eterna de siempre renovadas energías, henchidas de ideales y esperanzas. Como en los sistemas estacionarios físicos, que se semejan a la vida—un río, una llama, un haz luminoso,— vosotros, al encauzaros hoy en este curso, formáis también parte de un sistema perenne, justamente al que le está encomendado velar por el río de la existencia humana, la llama de la vida, y la luz de la inteligencia, la vida espiritual.

Juventud ansiosa e inquieta, de espíritus curiosos aún no modelados, que encarna la nueva vida activa, ávida del saber.

Estáis ahora frente a vuestros maestros de la medicina, vuestros padres espirituales, vuestros guías por los

senderos misteriosos de la ciencia de la vida, de las enfermedades y de la muerte. Vuestros profesores que, en el más noble de los apostolados,— el de la docencia— os entregarán con la generosidad de sus humanos ideales universitarios, todo el acervo de su ciencia y su experiencia. En nombre de ellos y el mío propio os doy la más cálida bienvenida, junto con nuestros mejores augurios de éxito. Pero,— vosotros que habéis elegido de entre las diferentes actividades y profesiones la Medicina,— ¿habéis acaso meditado acerca de la trascendencia de esta determinación? ¿Habéis pensado sobre la vocación que se requiere y lo que significa querer ser médico? La juventud que sueña y forja sus ideales acariciando los pedestales de una cultura superior, aspira generalmente a un título universitario; pero veamos en primer lugar cuáles son las condiciones que debe reunir el alumno, para el estudio de la Medicina.

Aparte de la vocación, que es fundamental e imprescindible, está en primer término la ética, o sea, la moral del estudiante de medicina y del médico, la deontología.

La deontología, en el sentido etimológico (del griego deonto-deber) es el estudio del deber.

La deontología médica, en consecuencia, puede definirse como la moral del médico, y en su aspecto profesional los deberes especiales y las obligaciones morales, como asimismo los derechos que el cumplimiento de su alto apostolado exigen.

En la moral positiva, la noción del derecho es correlativa al deber.

La deontología que abarca los derechos y deberes del médico encuadra su acción en las normas de la conciencia y los reglamentos del ejercicio de su profesión. Desde este punto de vista la deontología médica descansa sobre dos grandes bases fundamentales, a saber:

Por una parte, la cultura, la tradición, y por otra el aspecto legislativo, la reglamentación, la disciplina.

La tradición desde el punto de vista histórico en la medicina, se identifica con la herencia cultural y científica de los hombres que en la evolución civilizatoria de los pueblos, se han dedicado, a través del tiempo, al arte de tratar a los enfermos. Este noble sentimiento que nace del dolor y del instinto de conservación, se transforma en el camino ascendente de las culturas en una santa y humanitaria profesión. La Religión y la Medicina custodian al ser humano desde sus primeros pasos, en todos los pueblos y todos los tiempos.

En la historia de los pueblos vemos a la Medicina después de sus períodos animistas, de demonología y misticismo, ligada a las santas prácticas y doctrinas religiosas que se cristalizan muchas veces en el culto a la higiene y en el sentimiento ético idealizado.

Las castas sacerdotales en las antiguas culturas (tanto en la Mesopotamia, como en el Egipto; en Grecia y en la India) cuidaban de la moral y de la ciencia y representaban la verdadera maestra de la doctrina y la experiencia.

En esa tradición milenaria en que nacieron las Escuelas Médicas de Uruk y de Bosippa en la Mesopotamia, que son las más antiguas que conoce nuestra historia, hasta las célebres Escuelas Médicas egipcias de On, Sais, Memphis y Tebas, los conocimientos médicos e higiénicos eran llevados a la práctica por su tradición religiosa, y aun más, sus médicos famosos, eran elevados a la categoría de dioses, como Imhutep que vivió durante la tercera dinastía (3000 años antes de la era cristiana) y que se convirtió después de su muerte en el dios de los médicos.

Lo mismo pasó en la antigua Grecia, con los templos curativos, denominados Asclepicias, como el más antiguo el de Trika en Tesalia y los más famosos: de Epidaurus, de Kos y de Pérgamo.

También aquí la gratitud humana ha elevado a Esculapio, que fué el más célebre de los médicos de su época al reino de los dioses en el Olimpo.

Las castas médicas se mantenían en Grecia por el empirismo tradicional, pues se heredaba de padres a hijos el oficio. Justamente el espíritu tradicionalista griego aseguró al lado de los templos de Esculapio el florecimiento de las viejas Escuelas Médicas de Rodas, Crotona, Cyrene, Cuidas y Kos. Los discípulos, después de una profunda enseñanza médica, teórica y práctica, se promovían en fausta ceremonia, unido a un solemne juramento ético, a la orden de los Asclepiades.

Posteriormente, en la época de los grandes pensadores y filósofos naturalistas, recibe la medicina griega: el más formidable impulso con Tales de Mileto, Xenófanes de Colofón, Anaxágoras, Diógenes de Apolonia, Alcmaon y Empédocles de Agrigento como precursores de la más gloriosa figura de la medicina griega.

Hipócrates, el padre de la Medicina (439 a 377 años a. de J. C.). La Medicina hipocrática extendía sus raíces en el fértil terreno de la cultura y de la ciencia del helenismo clásico y asombra, más que por sus adelantos científicos, por sus verdades positivas, por su espíritu metodológico y sobre todo por su alto valor ético.

Si el juramento de Hipócrates se ha conservado en la Historia de la Medicina como un documento de inextinguible valor, lo ha sido por su sublime sentimiento moral.

La Medicina es incuestionablemente de todas las profesiones, la más delicada, la que tiene las mayores responsabilidades, desde el momento en que se entrega al médico el más alto y apreciado de los valores humanos, la salud y la vida, sin las cuales ningún otro valor, que emana de la acción en vida del hombre, puede subsistir.

La confianza del enfermo en el médico, es decir, en la fe de su sabiduría y su poder, de su conciencia y de su moral, han constituido siempre, en todo tiempo, la base del éxito profesional.

Aun cuando la Medicina hoy día, no es sólo asis-

tencial o curativa, pues por el progreso técnico y la división del trabajo, los problemas médico-sociales comprenden también: la Sanidad o Higiene Pública, la Medicina Preventiva, la Previsión Social y la Asistencia Social, todas estas labores médicas no pueden desentenderse de estos mismos principios éticos y científicos.

En consecuencia, la preparación moral e intelectual del estudiante de Medicina debe estar asegurada, en primer lugar, por el bagaje de sólidos conocimientos científicos y un profundo y acendrado sentimiento ético.

Queridos alumnos:

En un tiempo relativamente breve, debéis adquirir no sólo todos esos conocimientos y toda esa disciplina del deber, sino también desarrollar junto a ellos un agudo espíritu de observación y de análisis, sin los cuales no se ven o no se encuentran o no se comprenden o interpretan debidamente los síntomas para llegar a un diagnóstico verdadero, y a una determinación justa, alejada de toda posibilidad de error.

Junto a la observación y el análisis debéis formar vuestro espíritu crítico. Cada estudiante debe cultivar estas facultades intelectuales, pues saber no significa almacenar muchos conocimientos, sino, saber significa ante todo saber pensar, y saber pensar con los conocimientos adquiridos, en forma inductiva y deductiva para desentrañar la verdad.

La profesión médica sólo puede ejercerse con ciencia y con conciencia.

La primera, (es decir la ciencia) se adquiere por el estudio que vosotros vais a emprender en las diferentes cátedras, y que después como médico nunca podréis abandonar. Los libros, las revistas, los casos clínicos y el laboratorio, mantendrán siempre vivo el conocimiento y la eficiencia científica. Los textos de estudio para el médico no se cierran, sino cuando él cierra sus ojos para siempre.

Cada estudiante de Medicina es como el médico en su esfera de acción, un investigador que siempre busca la verdad.

Sin este requisito previo, del conocimiento científico, no podréis ejercer conscientemente la profesión.

La segunda (la conciencia) es uno de los modos de la sensibilidad general que permite juzgar de nuestra propia existencia. Ella suministra la suma de todas las representaciones que reflejan nuestra personalidad física y moral. La conciencia, es la propiedad del espíritu humano de reconocerse en sus atributos esenciales y en todas las modificaciones que en sí mismo experimenta; es por consiguiente, también, una manifestación del sentido moral que permite juzgar el conocimiento interior del bien que debemos hacer y del mal que debemos evitar.

El concepto de la conciencia moral, supone como fundamento el conocimiento de lo honesto, el fin de la obligación, y de los medios para cumplir esta obligación y alcanzar aquel fin, de donde resulta que la con-

ciencia moral es racional en relación con el desarrollo intelectual del médico.

Para el médico día a día, en cada instante, y en cada enfermo se plantea este problema, de alcanzar el fin de su noble profesión, y los medios y las armas de que dispone, son sólo sus conocimientos y su acción. El más leve error del médico, puede tener las más funestas consecuencias, a veces irreparables. La menor negligencia provoca una catástrofe horrible.

La conciencia, el método disciplinado, el orden y el sacrificio, forman parte de la educación moral. Un descuido en la asepsia, un atraso en la atención, una pequeña equivocación, puede acarrear la muerte.

Por esta razón al médico no le es permitido ningún vicio, ni defectos y si los tiene, está perdido profesionalmente. El médico debe ser culto, ordenado, metódico, disciplinado como lo fueron los sacerdotes, los asclepiades y como lo son los médicos que han ejercido o que ejercen con conciencia, con sacrificio y con amor y hacen de su profesión un verdadero apostolado. El médico debe por este alto apostolado que le corresponde desarrollar en la sociedad humana, tener junto a la más acrisolada ascendencia moral, una vasta cultura intelectual. Por esto, al margen de vuestros estudios programados en cada cátedra debéis preocuparos, continua y constantemente de vuestro pulimento espiritual.

El joven estudiante de medicina como futuro médico debe mantener siempre abierto su espíritu a todos los conocimientos humanos. La lectura asidua de obras

clásicas y escogidas, científicas, literarias, de historia, de arte y de filosofía o de libros para médicos, contribuirán a complementar vuestra cultura. Nada más pernicioso que la unilateralidad en el profesional o su escasa cultura general.

Al lado de este Instituto de Biología General, encontraréis «el discóbolo» cuya estatua clásica, con fines simbólicos, tenéis, para admirar su belleza.

Los lanzadores del disco no ejercitaban exclusivamente sus músculos pectorales y braquiales, sino entrenaban para el mejor éxito en los juegos olímpicos, cuidadosamente toda su musculatura, hasta alcanzar la bella armonía integral, propia del arte. Así también debéis vosotros jóvenes, procuraros el desarrollo armónico y polifásico de vuestra psiquis, substrato de las virtudes y de la nobleza de los sentimientos humanos del médico; y ya que vais a prepararos para velar y defender la salud, debéis también comenzar por robustecer vuestro propio físico, pues el médico, por los sacrificios y privaciones, (las levantadas de noche, las trasnochadas, la irregularidad de su vida sujeta a las tragedias y contingencias del enfermo en todo momento), necesita de un físico sano, robusto y resistente.

Es por esta razón que en la vida universitaria no debéis descuidar el cultivo y perfeccionamiento de vuestro cuerpo, por los deportes y una vida sana y racional.

Hoy día, todas las universidades del mundo proporcionan a sus alumnos la posibilidad de la cultura

Pero como el enfermo no puede entenderse con Dios, con el Todopoderoso, del que todo se espera, acude a su mediador a quien puede exponer la plegaria de sus dolencias y abrir su corazón, pedirle un consejo, una fórmula, una intervención, con esa fe religiosa y la esperanza infinita en la bondad de su Dios.

Como esos intermediarios, entre Dios y los enfermos, los sacerdotes asirios, egipcios, los asclepiades de los templos de Esculapio, los médicos en todos los tiempos y en todos los pueblos, así también seréis vosotros, los futuros galenos, los sacerdotes, los dioses terrenales depositarios de la fe, de la fe de los que sufren, ante el Todopoderoso, ante Dios, cualquiera que fuera su religión, y aun para aquellos que creen no profesar ninguna, también existe la fe en un rincón del subconsciente.

La vida y la muerte, como el espíritu y la materia, el consciente y el subconsciente, a través de siglos y siglos, explican el sentido de la fe.

Sin fe, no hay religión; sin fe moral, no hay cultura; sin fe en la ciencia, no hay éxito profesional ni progreso; y sin fe en un ideal, no se justifica nuestra existencia.

El ideal que habéis elegido, al abrazar la carrera médica, presupone una vocación genuina, un verdadero amor. La *Vocación*, esta pasión tiene como el amor «la exclusividad en el objeto amado y el desinterés absoluto en servirlo», como dice Marañón. En esto se distingue el amor, de esa otra pasión parecida

para la que tiene nuestro rico idioma su palabra específica: «querer». El querer es interesado, es el fin de poseer; el amor en cambio una pasión superior, un ideal, una religión. Por esto es muy diferente el querer ser médico, que el amar el ejercicio de esta ciencia o profesión.

Muchos alumnos quieren ser médicos, porque desean poseer el título profesional, porque les seduce ciertos aspectos exteriores de la profesión. Los que así piensan, están en un profundo error y van a errar su profesión. Los que deseen lucrar o surgir en el orden material en la sociedad humana, tienen el comercio, la industria, la banca y tantos otros negocios que podrán satisfacer sus aspiraciones financieras.

No quiero con esta advertencia decir, que el médico tenga obligadamente que hacer voto de pobreza franciscana. No, el médico que tenga vocación, es decir, el que ama con una pasión inextinguible única e intransferible a la medicina y que ejerce, por consiguiente, con conciencia, con dignidad, con entusiasmo y con sacrificio su ciencia, tendrá asegurada su situación social, por el éxito profesional.

Su valor como elemento útil a la sociedad en que vive, le aseguran su prestigio. Su meritoria, su abnegada, honesta y consciente labor, es apreciada y respetada por sus colegas, y los enfermos también saben responder y agradecer.

Un buen médico vivirá con holgura y nada más. Un viejo consejo de Epicuro que data de más de

3,000 años, dice: «Si vives según la naturaleza, nunca serás pobre, si vives según la opinión, nunca serás rico».

Ningún médico verdadero, sacrifica su moral, por el dinero. Para el hombre culto, que vive en una atmósfera idealista, las satisfacciones están en el orden espiritual; y para el médico no hay placer más inmenso que el prestigio en su profesión, bien sentida, y bien llevada, con la conciencia tranquila del deber cumplido; y con la satisfacción íntima de haber servido.

La profesión médica, como ninguna otra, tiene también sus ingratitudes, ¡y qué clase de ingratitudes! Después de los sacrificios y desvelos, de trasnochadas, de preocupaciones por el enorme peso de la responsabilidad, de esa lucha sin cuartel contra la muerte, viene a veces la incompreensión.

Afortunadamente la acendrada cultura del médico, su espíritu científico y su profundo sentido filosófico de las realidades de la vida y ante todo por su alto concepto ético, permiten sobrellevar los sinsabores, las amarguras, las sorpresas y las incompreensiones por su profesión y la ciencia médica, cuando a ésta se ama.

Por éstas, como asimismo por las razones anteriormente expuestas «la Medicina es una diosa celosa que no admite compartir su culto con ninguna otra divinidad». Ella exige una consagración integral con abnegación y sacrificio, con valor y entusiasmo, con conciencia y profundo sentimiento humanitario, con un amor divino por este ideal, en una palabra, con voca-

ción. El alumno que no tiene vocación para la medicina, está perdido.

Se puede poseer esta vocación en forma innata, pero ella también puede despertar, ante determinadas circunstancias, aun durante vuestros estudios.

«La Medicina tiene dos aspectos que la colocan en el rango de las actividades que exigen una vocación de superior categoría, — aquélla que hemos comparado con el amor», — como dice Marañón — y que, por lo tanto requiere atracción intransferible hacia su objeto, espíritu de sacrificio y aptitudes específicas: Esos dos aspectos son: su práctica gratuita y entrañable en los pobres (y también muchas veces en los que no lo son), tantas veces comparado al sacerdocio; y por otra parte su estrecha alianza con la investigación científica pura. Ambas desinteresadas, con abnegación, pero al servicio de un sentimiento superior al progreso espiritual.

Como dice Nietzsche: «Toda conquista, todo paso adelante en la senda del conocimiento, es fruto de un acto de valor, de dureza contra sí mismo, de propia depuración».

Ese amor a la ciencia médica, a su progreso incontenible, nos lleva al constante perfeccionamiento y pulimento intelectual y moral. Por esto es necesario que exista esa verdadera pasión de que os he hablado, que como un excitante, mantenga en constante tensión vuestra voluntad de superación.

No basta ser bueno, es necesario también demostrarlo. Existe para ello otra pasión que todos los hombres

poseen consciente e inconscientemente, el amor propio, la ambición. Pues bien, este vicio, como decía el profesor Charlin en una magnífica disertación sobre este tema, puede transformarse en virtud, esta poderosa fuerza bajo el control de vuestra conciencia, os puede fácilmente llevar al éxito. Justamente «la virtud no iría muy lejos, sino marchara del brazo, del amor propio».

Vosotros. los jóvenes que podéis forjar todo vuestro porvenir, vosotros, los futuros médicos, la generación que ha de dirigir los destinos de la salubridad en nuestro país, la élite espiritual, que luchará para mejorar las condiciones sociales y morales de nuestros habitantes, en días no lejanos, consciente de las responsabilidades y de los deberes en el ejercicio de vuestro alto apostolado, llevad estas normas de conducta moral junto a vuestras lecciones de estudiante. Como recuerdos de vuestros primeros pasos en los estudios médicos, en que el entusiasmo juvenil se despliega, como los pétalos de las flores multicolores para recibir las claras gotas de rocío, transparentes y puras, que aseguran la lozanía de la flor, así también estas gotas de ética que emanan de los corazones paternales de vuestros profesores, sirvan para conservar siempre frescas, llenas de optimismo, de amor y de entusiasmo las altas virtudes que os han de llevar al éxito y cuyo recuerdo os reconforte siempre, para vencer los obstáculos que se presentan en vuestra vida, para hacer de ella una existencia buena, bella y útil.

Así tendréis la satisfacción suprema, el premio que os depara la conciencia en vuestra propia vida,— la moral y el deber médico,— de haber contribuído a aliviar el dolor, a combatir el mal, haber defendido la vida de los hombres y mejorado sus condiciones sociales y morales, asegurando a la sociedad el capital humano máximo, la salud, la felicidad, la energía creadora del progreso, la belleza del arte y la ciencia. La Medicina, que es un arte y una ciencia, que vais a estudiar y amar por sobre todas las cosas y a la que debéis rendir culto en consagración inextinguible y con gratitud infinita, inclinados ahora en posición reverente sobre vuestros libros, sobre el cadáver, sobre el mesón del laboratorio, sobre el microscopio y sobre el lecho de vuestros enfermos, cumpliendo conscientemente con vuestro deber y siempre fiel a vuestro ideal.